

EL PADRINO

ALBERTO ROJAS APEL

FLORENCIA GATTARI



Ga

EL PADRINO

FLORENCIA GATTARI

ALBERTO ROJAS APEL



Primera edición: octubre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: Florencia Gattari, 2016
© del texto: Alberto Rojas Apel, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9075-3
Depósito legal: M-29392-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Secuencia 1

[Plano de establecimiento. La ciudad. Un barrio.
Una cuadra.]

Pasan dos nenas de la mano de una señora que tiene cara de preocupación. Un perro que corre al lado de un hombre que corre y esquiva a un señor mayor que se mueve lento. Un chico con auriculares que, mientras camina, toca una batería invisible. Muchos autos, una bicicleta.

Cada uno a su ritmo, todos avanzan. Menos Norberto.

Norberto está quieto sobre su *skate*. Tiene instrucciones precisas: comprar un repuesto para la cisterna del baño, que queda perdiendo. Su mamá le dijo que a una cuadra, cruzando, hay una ferretería. Pero él ya hizo tres cuadras y no hay nada. Apenas una panadería, una mercería, unos negocios que no se entienden y un taller de marcos.

Le dan ganas de saber qué estará haciendo Marcos en este momento. Seguro que está en el *skatepark*. A la tarde le va a escribir y le va a decir que, cuando sea más

grande, se puede poner un taller de Marcos. Hay que ver si hay *skateparks* en Capital. Debe haber, deben ser como los de las películas.

En Chivilcoy, a Norberto nadie tiene que decirle dónde queda la ferretería. Nadie tiene que decirle dónde queda nada, y lo más importante: él no tiene que decirle nada a nadie para que sepan quién es.

Saca su móvil.

–Hola, ma. No hay ninguna ferretería donde me dijiste.

–Yo te dije que *creía* que había.

–Bueno, no hay.

–Y... preguntá, Norby.

–¿A quién?

–A la gente, a alguien en la calle. ¿A quién va a ser?

–OK.

–Date prisa, que esto está chorreando.

–OK.

Norberto corta. La solución más lógica es mirar en internet dónde hay una ferretería, pero en su móvil aparecen solamente cuatro redes wifi, todas con clave. Avanza y vuelve en el *skate*, yendo para lado contrario. Hace cincuenta metros y se vuelve a fijar. Tres redes. Cruza la calle. Cuatro redes otra vez, y una libre, pero con una sola rayita. Intenta conectarse sin mucha esperanza. Cuando hay una sola rayita no funciona. Dicho y hecho: la señal es demasiado débil. Va diez metros para cada lado, pero siempre una sola rayita. La red debe ser de un piso alto de alguno de los edificios que hay alrededor. Cuánto edificio, mamita. No puede hacer nada: tiene que buscar otra red. Sigue pateando

con el *skate*, en una dirección elegida casi al azar. Da lo mismo.

Ve una escuela. ¿Será su escuela? Es gigante, moderna, linda. Un horror. ¿Cuánta gente entrará ahí? ¿Cuántos desconocidos? Se para cerca de un bar. Tiene wifi. Otra opción es entrar, pedir algo barato, un agua, y conectarse desde ahí. Revisa sus bolsillos. Tiene la plata medio justa, no le va a alcanzar. Hay una red muy potente con el nombre del bar: «California». Se sienta en el *skate*, a un lado de la puerta, y prueba contraseñas: «California», «Californiabar», «BarCalifornia», «Bar Calif». Mira la dirección. «Azopardo1238». «BarAzopardo1238», «BarCalifAzop». No. Nada. A seguir avanzando. Ve gente en la calle. Los mira. Lo miran.

[Planos de las caras de varias personas.]

No les puede preguntar nada por las dudas: nunca se sabe quiénes pueden ser. Quizá alguno es un vecino o el padre de algún futuro compañero, y es una pésima carta de presentación eso de andar perdido, preguntando dónde hay una ferretería. Pueden pensar que es un tarado, un provinciano, uno que no sabe nada de nada. Después se puede correr la voz de que «el nuevo» es medio tonto, y entonces todos van a hablar a sus espaldas, a señalarlo y reírse. Preguntar no.

Un momento: acá no lo conoce nadie... Acá puede aparentar que no le molesta preguntar. Que sabe preguntar con onda, incluso. Casa nueva, vida nueva. El nuevo Norberto. ¿Por qué no? Perfecto: puede preguntar. Pero ¿a quién? Ese hombre camina apurado. No va

a tener tiempo para pensar y contestarle, va a ser una molestia para él. Esas dos chicas son demasiado lindas, y más grandes. Si alguna fuese fea, todavía. Pero no. Van a pensar que se las quiere levantar. Hay una señora que camina mirando las macetas de los balcones. A esa puede ser. A esa quizás. Tiene cara de buena, tiene el pelo lila. El riesgo es que sea medio sorda y que tenga que repetirle o hablarle fuerte, y otra persona se dé cuenta de que él está preguntando algo. Mejor no.

[Plano de una mujer que mira revistas en un quiosco, muy cerca.]

A esa. Esa es perfecta. Se acerca despacio. El nuevo Norberto va a preguntarle algo a alguien que no conoce. Increíble. Preparativos: tiene que empezar con una sonrisa y con un «buen día». Después viene lo de la ferretería, otra sonrisa, un «gracias» y listo.

Empieza a sonreír, aunque todavía está lejos. Se da cuenta de que si la mujer se da vuelta ahora y lo ve sonriendo al vacío, va a pensar que está loco. Deja de sonreír. Seriedad, por las dudas. Y mejor sin *skate*. Se lo pone bajo el brazo: ya es casi un adulto. Está muy cerca. Ahora sí, momento de la sonrisa. Está a dos pasos.

[Plano de la mujer y Norberto, que entra a cuadro.]

Pero justo la mujer le pregunta al quiosquero si llegó el nuevo número de *Tejidos y Bricolaje*. El quiosquero le responde y ahora ya son dos.

**[Plano conjunto de la mujer y el quiosquero.
Plano de Norberto.]**

Contra dos es más difícil. El *skate* vuelve a pisar el asfalto. El viejo Norberto se aleja.

**[Planos de Norberto cruzando el cuadro
en su *skate*.]**

¿Puede ser que en ese barrio no haya una ferretería? Es una muy mala señal. Va a tener que volver a su casa sin el maldito repuesto para el baño. Va a tener que decir que la ferretería estaba cerrada, que no le alcanzó la plata, que el ferretero estaba meditando y no lo pudo interrumpir, algo de eso. Cuando se da la vuelta, vencido, de pronto ve la luz de la salvación: un locutorio. La media hora de internet cuesta cuatro pesos, para eso le alcanza. Está decidido: entra, lo resuelve y después le dice a su mamá que el bendito repuesto para el baño costó cuatro pesos más. Listo.

Vivir en esta ciudad va a ser difícil, pero va a poder resolverlo.

**[Plano de Norberto, que agarra su *skate*
y entra sonriendo al locutorio.]**

Secuencia 2

**[Plano de la maestra de Matemáticas.
Es la misma mujer del quiosco de revistas.]**

–Bienvenidos a sexto. Este es el último curso de un ciclo muy importante en la vida de todos: la escuela primaria.

Norberto no puede creer la suerte que tiene. Menos mal que no se animó a hablarle a la señora que vio en el quiosco. Hubiera sido un desastre.

Decide sentarse estratégicamente en el centro del aula, a un lado. Adelante es muy visible, y atrás estaría demasiado escondido. El medio es el mejor lugar para pasar inadvertido. En una película aprendió que si se deja un diamante en un vaso con hielo, nadie se da cuenta, y eso es lo que él pretende: la invisibilidad.

Tiene la impresión de que todos son amigos entrañables. En la entrada no paraban de saludarse, de reírse, de subirse a caballito, de contarse de sus vacaciones.

El escaneo inicial de Norberto indica también que hay varias chicas lindas. Una, la que más le gusta, está sentada justo adelante del lugar que él eligió. Todavía

no sabe cómo se llama, pero solo es cuestión de estar atento.

También tiene que haber uno que sea el líder. Qué palabra estúpida, «líder» («Oye, Johnny, ¿eres tú el líder de estos patanes?»), pero seguro que hay uno. Y es mejor que ni se dé cuenta de que Norberto existe: uno gordito, nuevo, del interior, tiene todas las papeletas para pasarlo mal.

–¿Este es el mismo grupo de quinto, o hay algún chico que empieza en el colegio este año? A ver, levanten la mano...

Era obvio. El momento de presentarse iba a llegar. ¿Y si no levanta la mano? ¿Y si se hace el sordo? No, eso puede ser peor: alguien puede señalarlo y entonces tendría que explicar por qué no se hizo cargo. A veces hay que hablar. Siempre lo menos posible.

Levanta la mano. Junto con él, en la otra punta del salón, al fondo, levanta la mano un chico con ojos rasgados. Pero la maestra le pregunta a él.

–¿Vos cómo te llamás? ¿De dónde sos?

–Norberto. De Chivilcoy.

No cabe duda de que la maestra quería más, pero por suerte está el chino. Eso es más exótico que un gordito, nuevo, del interior. Norberto baja la mano automáticamente y mira con falso interés hacia el chino, como esperando sus historias maravillosas de dragones y geishas. Él ya no existe, se hace invisible. La maestra se deja guiar por la mirada de Norberto.

–¿Y vos?

–Wang Chen-Tung. Mi familia es de Pekín.

La atención se desvía. Todos le preguntan si habla chino, si sabe artes marciales, si conoce la muralla china. Chen-Tung es la mosca en el vaso con hielos y un diamante.

[Plano del patio de la escuela. Suena el timbre y decenas de chicos salen corriendo de varios salones.]

El recreo es más fácil para Norberto. Todos tienen mucho para contarse. Él se refugia en su móvil. Podría llevar un libro, pero siempre está el riesgo de que alguno muy inteligente venga y le pregunte «¿Qué lees?». No: el móvil es más efectivo. Toca teclas como si mandara mensajes, con cara de ocupado. Pero mira de reojo a los integrantes del nuevo grupo. Chen-Tung ya está hablando con tres, entre ellos el supuesto líder. Si Norberto fuera líder, también le convendría tener a un chico chino en su banda. Hay muchos que conversan, algunos corren, otros juegan al fútbol con una pelota de tenis. Norberto se aleja de ellos para no tener que alcanzarles la pelota si se les escapa. Se acerca a la chica que más le gustó, que habla con otras, y se ríe como si le hubieran preguntado algo vergonzoso. La chica se tapa la boca. Es muy blanca. Se come las uñas. No interrumpe a sus amigas, sabe escuchar: eso está muy bien. En un momento mira para todos lados, como si estuviera hablando de alguien que anda cerca. En el recorrido visual está a punto de mirar a Norberto, pero él baja la vista y se hace invisible otra vez. La chica sigue contando sus cosas. Parece que se llama Leia.

Como la princesa de *Star Wars*. De las tres primeras. No Amidala, la otra. Es un lindo nombre, le queda bien.

Peligro. Alguien se acerca. Es un chico de rulitos que viene comiendo un sándwich, uno que se sienta adelante al centro. Mira a Norberto directo a la cara, le va a hablar. Él se lleva el móvil a la oreja.

–Hola. Ahora sí, no sé qué pasaba, se cortaba. ¿Qué pasó? No me digas.

Y se aleja hablando preocupadísimo. El de rulitos se queda quieto unos segundos y después se suma a otro grupo. Aparece en el horizonte una maestra que no conoce. Viene directo hacia él y le pide el móvil. Explica poco, pero queda claro que no se pueden usar móviles en la escuela. Igual es mejor que tener que hablar con el de rulitos: la maestra habla sola, no hay que contestarle nada, solo hay que acordarse de recuperar el teléfono a la salida. Suena el timbre.

**[Plano del maestro de Lengua. Treinta años.
Gafas. Simpático.]**

–Sepárense en grupos de cinco, así como están sentados, y analicen el cuento.

El horror. La princesa Leia y la otra chica de delante se dan vuelta. El chico de al lado, uno de pecas, también. Y se acerca uno de otro lado, uno normal. Todos empiezan a hablar como si fuesen amigos, como si lo conociesen, como si él pudiera aportar algo en ese mismo tono familiar.

–Yo no entendí nada. ¿Alguno lo entendió?

–¿Se quedaron con la casa?

–No sé.

–¿Pero qué eran? ¿Fantasmas?

–Creo que personas.

Leia lo mira para preguntarle. Norberto vuelve a bajar la vista.

–¿Vos lo entendiste?

–Yo tomo nota.

Norberto abre su carpeta y se pone a escribir, mientras aclara lo que va a hacer, porque si le tienen que preguntar es peor.

–Ustedes hablan y yo anoto. Para que no se pierdan las ideas.

No vuelve a levantar la vista. A la chica que está al lado de la princesa le parece bien. Siguen hablando del cuento un rato más. Creen que son intrusos, pero no entienden por qué los dueños de la casa no les dijeron nada. Quizás los intrusos llegaron primero. Leia comenta que ella ya leyó otro de Cortázar y también era raro. El de pecas opina en voz baja que deben ser fantasmas de los que vivieron antes ahí. Parece que le da un poco de vergüenza hablar delante de las chicas.

Así sigue la hora y ya casi hay que irse, pero la directora entra al salón.

–Hola. Disculpen. Los chicos de primero los están esperando para la ceremonia del padrinzgo.

¿Que qué? El maestro les explica, más que nada para los nuevos: el resto ya sabe. Cada nene o nena que entra a primer grado tiene un padrino o madrina de sexto. Se eligen por sorteo. El padrino tiene que cuidar al nene de primero que le toca para que no se sienta

solo, perdido en el patio y en la vida de primaria. Son los responsables de que estén bien. Es un cambio muy grande pasar de infantil a primaria, etcétera.

Nada de eso pasaba en Chivilcoy. Eso es algo de Capital, y es muy raro. Más raro que Cortázar. ¿Ser padrino de un chico? ¿Cómo? ¿Cuidarlo de quién?

Todo el curso se moviliza hasta el aula de primero. Los nenes los esperan sentaditos, ordenados.

–Buenos días, padrinos.

[Plano de Renata, una nena rubia, sentada en el fondo, que canturrea sola, divertida.]

–¡Padrinos, padrinos!

–Renata, por favor, silencio.

Renata se calla, pero se pone a saludar con la mano a cada uno de sus posibles padrinos, regalándoles una sonrisa excesiva. La maestra explica:

–Tenemos todos los nombres de los pequeños en esta bolsa. Elegimos a cada uno de ustedes, por lista, y les toca un ahijado. ¿Sí? –lee la lista–. Amengual. Sos padrino de... –saca un nombre de la bolsa– Lautaro.

Lautaro, con carita de pánico, mira a su padrino. Amengual le hace un gesto sobrio de «Hola».

Muy rápidamente, Norberto hace la cuenta. Hay más padrinos que ahijados: tres más. Tres padrinos se van quedar sin ahijados. Van por lista. Él es Norberto Zamani. Y hay un Nosecuántos Zemprini, ese es el último. O sea, que zafó. Por poco, pero zafó. Menos mal, un primer día excelente.

Pero entonces la maestra se arrepiente.

–Por lista es aburrido. Vamos a ponerle un poco de emoción a este momento. Por ejemplo: Zamani, Norberto Zamani, sos el padrino de... ¡Renata!

[Plano de Renata, que se levanta corriendo de su banco.]

–¡Yeahhhh! ¡Padrino!

[Plano de Norberto, que la ve venir, sorprendido, y retrocede un poco.]

Renata se abraza a las piernas de Norberto. Él no logra acertar con ningún gesto, pero en su rostro aparece una mueca que parece decir «Sáquenme esto» o «Sáquenme de acá».

–Renata, volvé a tu lugar, por favor. Vas a tener todo el año para estar con tu padrino.

Renata vuelve a su banco. En el camino se da vuelta y le hace a Norberto un gesto con el pulgar para arriba. Norberto no puede creer nada de lo que pasó. Estaba todo bien y de pronto está condenado: una condena de todo un año. Cómo pudo ser, si él es Zamani. Si estaban yendo por lista. En esta escuela vale todo.

Renata lo está mirando fijo, con el pulgar para arriba, con el ceño fruncido por la bronca. Norberto no tiene opción.

[Plano de Norberto, que le hace el gesto de «OK» a Renata.]

